

A portrait of an elderly man with grey hair and a beard, wearing a dark suit jacket, a white shirt, and a purple tie. He is looking directly at the camera with a slight smile. The background is a plain, light grey color.

**Luis
del Val**
Memoria
y olvido

LUIS DEL VAL

MEMORIA Y OLVIDO



ESPASA

© Luis del Val, 2021

© Editorial Planeta, S.A., 2021

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito Legal: B. 451-2021

ISBN: 978-84-670-5977-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com

www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Editorial Planeta

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

ÍNDICE

UN CARRO	11
1. PRIMEROS PASOS	15
2. LA TRANSICIÓN HECHA A MANO	33
3. LA ESCUELA, LA CALLE, LA VIDA	61
4. POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN	81
5. EL NOVECIENTO EN ESPAÑA	95
6. LA NOCHE EN LA QUE FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ PUDO SER PRESIDENTE DEL GOBIERNO	101
7. EL TEATRO, LA FARÁNDULA Y ESO DEL ESPECTÁCULO	115
8. LA PRENSA	139
9. LA RADIO	169
10. LA TELEVISIÓN	227
REFLEXIÓN FINAL	245

1

PRIMEROS PASOS

Mi primer contacto con las letras comenzó a los cuatro años. Mi madre se empeñó en enseñarme a leer a esa temprana edad. Es probable que hoy, descubierta por unos pedagogos progresistas, igual la hubieran metido en la cárcel, pero en 1948 a mi madre le pareció que, cuanto antes supiera leer, mejor preparado estaría para cuando fuera a la escuela. Por supuesto que no adquirí el nivel de una lectura comprensiva, ni muchos menos, pero yo iba muy contento de la mano de mi madre y decía en voz alta lo que ponía en los carteles de las tiendas: «co-mes-ti-bel».

—No, no —me corregía mi madre—, co-mes-ti-... bles, bles, no bel, bles.

Y yo lo intentaba repetir sin saber lo que significaba el término «comestible», aunque me permitía asociar, poco a poco, que siempre que leía esas letras en la tienda, al pasar dentro no vendían tornillos, ni madejas de lana, ni cortaban el pelo. «Peluquería», por ejemplo, era una palabra rara que yo pronunciaba como «pelucuería», aplicando la lógica, esa lógica que, cuando aprendes cualquier idioma no sirve de nada en cuanto te encuentras con los

terribles verbos irregulares. Gracias a la lógica, un niño de hoy dice que «en la arena de la playa un vecino “hació” un castillo», porque decir «hizo» reconozcan que no tiene el menor sentido con la lógica de las declinaciones. Claro, me he preocupado de que el recuerdo de la arena y la playa estuviera asociado a un niño de hoy, porque en la posguerra llegar a la playa para alguien que viviera en el interior de la península y no perteneciera a una familia burguesa de buenos recursos, no era sencillo. No era sencillo incluso algo tan simple como encontrar comida, porque a partir del 14 de mayo de 1939 una orden ministerial del Gobierno que había ganado la guerra estableció una cartilla de racionamiento donde se especificaban las cantidades que podía comprar cada ciudadano. Se refería a alimentos básicos, como el azúcar, la leche, el pan, las legumbres o los huevos, y se especificaban las cantidades permitidas en gramos. No fue una idea de Franco. Dos años antes, en plena guerra, y dada la escasez de alimentos, el Gobierno de la República, presidido por Francisco Largo Caballero —por cierto, autodenominado Gobierno de la Victoria— establece, mediante un decreto publicado por la *Gaceta de la República*, la creación «en todos los municipios de la España leal la cartilla de racionamiento familiar». No sé lo que sucedería en la zona republicana, pero tengo vívidos recuerdos de la escasez y de la corrupción que sobre el hambre ejercieron los grandes estraperlistas que controlaban y fomentaban el mercado negro.

El término «estraperlista» tiene un origen curioso que no está relacionado con la escasez de la comida, sino con la ruleta. En el decenio de los años treinta el juego estaba prohibido en muchos países, y también en España. A España llegaron dos hombres de negocios, o de lo que fuera, llamados Strauss y Perlo. Daniel Strauss era holandés, aunque disponía de un pasaporte mexicano —hablaba un casi correcto español— y Perle, o Perlo o Perlowitz, polaco. Les acompañaba una mujer, Lowann, que era esposa de Daniel.

Los dos hombres habían inventado una ruleta que pretendían introducir en España, pero se encontraron —como les había sucedido en otros países— con que el juego no estaba permitido.

Gobernaba la República una coalición de centro-derecha presidida por Alejandro Lerroux. Ante esta situación los dos hombres de negocios, o inventores, como también se presentaban, decidieron atraerse la voluntad de los políticos a través de regalos y prometedoras ganancias futuras. La corrupción de siempre contra la que no se ha encontrado vacuna.

Hay varias versiones, algunas contradictorias, pero parece que el diputado valenciano Sigfrido Blasco Ibáñez, hijo del admirado novelista Vicente Blasco Ibáñez, logró introducir a Strauss y Perlo en esas áreas en las que pudieron ponerse en contacto con Alejandro Lerroux. Hubo regalos de un reloj de oro, y una entrada en el negocio, donde diversos personajes políticos, que lograrían el permiso para la instalación de la nueva ruleta, se llevarían sustanciosos porcentajes de las ganancias. Ganancias, por otra parte, absolutamente seguras, porque la ruleta tenía truco y se detenía mediante un botón que, al ser accionado, daba ganador a la banca. Si el que manejaba el botón no se volvía loco, la banca solía ganar cuando las apuestas eran más sustanciosas.

Era entonces ministro de la Gobernación Rafael Salazar Alonso, a quien el diputado Juan Pich y Pon, amigo de Lerroux, le prometió un soborno de cien mil pesetas por autorizar la instalación de la ruleta en San Sebastián y en Formentor. En el año 1935 cien mil pesetas era una cantidad impresionante. Este Juan Pich resultaba un personaje curioso: había sido alcalde de Barcelona, y comenzó su ascendente carrera siendo un obrero electricista que apenas sabía leer y escribir, eso que se llama un hombre hecho a sí mismo. Según declararía más tarde Daniel Strauss, Juan Pich tendría una participación del diez por ciento y Alejandro Lerroux nada menos que la cuarta parte. Bueno, el hijo del gran novelista se quedaba con el cinco por ciento.

A la ruleta no le llamaban ruleta, sino juego de salón, y la bautizaron como «strausperlo», uniendo los dos apellidos de los inventores, con lo que se evitaron poner a trabajar la imaginación.

Funcionó en Formentor durante un corto periodo, hasta que la prohibieron, pero las ilusiones estaban puestas en su instalación en San Sebastián. Y la «strausperlo» comenzó a funcionar en San

Sebastián... durante algo más de tres horas y media, porque llegó la Policía y la precintó.

Daniel Strauss, dándose cuenta de que había perdido mucho dinero en regalos y sobornos para no conseguir nada, le escribió una carta a Alejandro Lerroux reclamándole una determinada cantidad de dinero —parece que más de ochenta mil pesetas— como indemnización por las inversiones realizadas en el fracasado negocio. Parece que Alejandro Lerroux rompió la carta y la tiró a la papelera. Pero Daniel Strauss se sentía estafado por las promesas de quien estaba al frente del Gobierno y, constatando la falta de respuesta, se las arregló para hacerle llegar al presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, una lista de los sobornos y porcentajes acordados con Lerroux y otros políticos del Partido Radical. El presidente Alcalá Zamora le presentó el *dossier* al jefe del Gobierno, Lerroux, y este negó y dijo que eran infundios que nadie podría probar. Pero la ruleta «straussperlo» iba a dar muchas vueltas. Tenía solo trece números y ya se sabe que la superstición concede al trece la cualidad de proyectar la mala suerte. Y la proyectó. El mismo *dossier* que fue enviado al presidente de la República se hizo llegar a diferentes diputados y miembros de partidos de izquierda, y estos lograron que el asunto de la presunta corrupción se discutiera en el Parlamento. Y se discutió, y Lerroux tuvo que dimitir, y todo aquello precipitó las elecciones anticipadas de 1936, que ganó el Frente Popular. ¿Se había acabado la corrupción? Ni mucho menos, el resultado de las elecciones de 1936, como está acreditado en varios libros, fue un fraude a la democracia y al sufragio universal. Hubo adulteración de resultados y fraude electoral. Habíamos salido de la corrupción del centro derecha, descubierto por una ruleta de trece números, y entrábamos en la corrupción de las urnas, la más sucia y repugnante de las corrupciones, donde centenares de miles de votos desaparecen o aparecen según los intereses de los autores de la canallada.

Como la palabra «straussperlo» resultaba de difícil pronunciación para nuestro idioma, se castellanizó con el término de «estraperlo», que vino a significar ganancias ilegales y corrupción.

No sabía lo que significaba la palabra «estraperlo», pero la escuchaba en alguna ocasión y fui testigo de su funcionamiento en ámbitos domésticos.

A pesar de la cartilla de racionamiento, o puede que por su existencia, algunos acaparaban alimentos de primera necesidad que no se podían adquirir con la cartilla, porque no llegaban al mercado. Por ejemplo, el aceite.

Algunos domingos mi padre se marchaba a la estación y tomaba un tren con destino a Alcañiz, lugar famoso entre otras cosas por la calidad de su aceite. No le costaba nada el viaje, porque al ser hijo de ferroviario tenía derecho a otra cartilla de transporte, la de Renfe, que se conocía con el nombre de «kilométrico», y que daba derecho a viajar en los trenes un determinado número de kilómetros al año.

La distancia entre Zaragoza y Alcañiz es de unos cien kilómetros, pero no había trenes directos. Muy temprano, casi de noche, mi padre tomaba un tren a Caspe, y desde su estación de ferrocarril aguardaba otro tren que le llevara a Alcañiz. Allí se dirigía a una casa particular donde le vendían aceite de estraperlo a un precio superior al oficial, en un seiscientos u ochocientos por ciento. Mi padre, una vez pagado el abusivo precio, salía llevando bajo la gabardina una lata de cinco litros, colgada del cinturón, y volvía a hacer el viaje hasta Caspe, y allí hacía transbordo para tomar el tren a Zaragoza.

Lo más peliagudo, tanto en la estación de Caspe como en la de Zaragoza, era disimular lo holgado de la gabardina ante los guardias de asalto, porque si hubieran descubierto que aquel hombre llevaba aceite comprado de estraperlo lo hubieran detenido. Esos cien kilómetros de ida y vuelta le llevaban todo el día. Recuerdo, muy anochecido, la llegada de mi padre con el rostro cansado tras una larga jornada. Y cómo, en la cocina, se desabotonaba la gabardina y aparecía la lata, que mi madre tomaba con alegría y ponía con sumo cuidado encima de la cocina económica, como si fuera un tesoro, porque lo era.

El aceite, en el decenio de los cuarenta, no era solo la grasa imprescindible para freír, rehogar y guisar, sino que servía para

sustituir la escasez de otros alimentos, como el jamón y los embutidos, en las meriendas infantiles, acompañado de azúcar, otra sustancia sometida al rigor de la cartilla y que tampoco abundaba.

El sabor de un bocadillo, en cuyo interior se habían empapado las dos rebanadas con aceite de oliva, y sobre el amarillo verdoso se había espolvoreado el azúcar, aunque fuera sin demasiada generosidad, era delicioso, y aportaba las suficientes calorías para neutralizar la falta de proteínas en nuestra alimentación, de la misma manera que había combinaciones caseras para sustituirlas, esos platos de cuchara que hoy horrorizarían a un chef de la nueva cocina: lentejas con arroz, arroz con garbanzos, alubias con arroz...

La modesta merienda de aceite, pan y azúcar no era tan modesta para otros, y más de una vez observé una mirada envidiosa por parte de algún compañero de juegos en la calle, porque no podíamos alimentarnos muy bien en la posguerra, pero la calle era un territorio sin peligros, siempre a nuestra disposición.

En algunas ocasiones, cuando en un restaurante de lujo, o de vicelujo, escucho a alguien perorar sobre la salsa de ostras o acerca de la diferencia entra la langosta del Pacífico y la del Atlántico —o cualquier cuestión relacionada con la sofisticada cocina moderna— recuerdo el auténtico sabor del pan untado con aceite y de la blanca capa de azúcar que, a los pocos segundos amarilleaba, y el sabor donde se conjugaban lo salado del pan, la neutralidad de la grasa aceitosa y los agradables glúcidos del azúcar de remolacha. Y no me sorprenderá cualquier día escuchar a alguno de los famosos gurús de la cocina, que han venido a sustituir a los antiguos filósofos, presentar un plato ancestral donde «sobre un lecho de panificación artesanal, los frutos del aceite virgen enmaridarán con una fina capa de névea sacarosa», es decir, y para que lo entienda todo el mundo, el pan con aceite y azúcar de la posguerra.

El hombre del carro y su familia se habían instalado en la calle Mayor, que era una calle muy estrecha, pero en una zona de ensanche que se convirtió en nuestro parque, un parque en el que no había ni césped, ni fuentes, ni flores, ni árboles ni arbustos,

pero su zona adoquinada, y los dos muros desnudos, frente a frente, de las casas colindantes que estaban sin retranquear, nos parecía un campo de juego maravilloso en el que te encontrabas inmerso nada más salir del portal.

En uno de los muros pintamos una portería, con aspiraciones de trampantojo, que nos permitía fantasear que estábamos en un auténtico campo de fútbol, o bien, pasábamos una raya horizontal, a un metro y medio del suelo, con un nivelado un tanto desigual, y el campo de fútbol se transformaba en un frontón. Entonces no conocíamos la palabra, pero un cursi de ahora mismo podría denominar que, en su modestia, se trataba de un espacio deportivo polivalente.

En algunas ocasiones pasaba un automóvil y teníamos que detener el juego. Los automóviles escaseaban. Todavía se hacía reparto con carros tirados por mulas o yeguas, pero eran más frecuentes los pequeños camiones de reparto, a los que llamábamos camionetas, y unas motocicletas con una pequeña caja detrás, el motocarro, que podría representar ser una camioneta venida a menos.

Por la calle Mayor no era frecuente ver taxis y no pasaban autobuses, así que podíamos jugar con relativa tranquilidad. A veces, en el lapso de un cuarto de hora, llegaban a transitar dos automóviles privados que nos obligaban a detener el juego y que hacía que mostráramos nuestro desagrado por el exceso de circulación de aquel día. En alguna ocasión, en Madrid, atrapado en un atasco en la M-40, o en la Castellana, o en la Gran Vía, me he acordado de aquellas inocentes protestas, debidas a que circularan por una calle céntrica dos vehículos a lo largo de quince minutos.

La palabra «barrio» encierra una compleja polisemia. Procede del árabe, que significaba ‘exterior’, y en ese sentido estaría asociada a arrabal, que es algo nacido en la Edad Media y que significa la parte poblada que está fuera de las murallas. En la América hispana el término «barrio» es una zona donde habitan gentes pobres y desarraigadas, hacia las afueras de la ciudad, mientras que en España puede haber barrios poblados por clases burguesas

y acomodadas, como sería el caso del barrio de Sarriá, en Barcelona, o del barrio de Salamanca, en Madrid.

Es curioso que barrios burgueses nacieran, al principio, alejados del centro y que, más tarde, al crecer la ciudad, no solo quedaran incorporados a esa ciudad, sino que tuvieran cierto significado de habitantes acomodados, como ocurrió, por ejemplo, no solo con el de Salamanca, sino con el de Chamberí. Exactamente la misma evolución que siguieron las ciudades de la Edad Media cuando el castillo dejó de ser el núcleo y la población se fue extendiendo. Lo que en la Edad Media era considerado extramuros —más allá de los muros del castillo— pasó a ser una zona noble de la ciudad. Es más, lo que en Estados Unidos se denomina el *downtown* ha quedado reducido a una zona comercial que, a partir de las cinco de la tarde, se transforma en un lugar casi fantasmal porque, al cerrar los bancos, las tiendas y las oficinas se queda casi todo vacío, ya que muy pocos pernoctan en la zona céntrica. No solo sucede en Estados Unidos, poco a poco, el centro de las ciudades europeas va evolucionando hacia lo mismo, y los escasos vecinos que quedan viviendo en sus pisos se marchan en cuanto pueden, porque no se puede aparcar, no hay manera de descargar la compra, los mercados tradicionales cierran y, en cuanto se marchan, el piso queda convertido en una oficina. En algunas ciudades como en Venecia, debido a la gran cantidad de turismo y hoteles instalados en el centro, se nota menos, pero pocos venecianos duermen en lo que los turistas consideramos que es Venecia. En Miami ciudad, sin embargo, la diferencia se aprecia de manera evidente. Por la mañana hay una actividad casi febril y los clientes de la churrería española se mezclan con el judío ortodoxo que sale o entra en el banco, y los turistas van y vienen por las lujosas galerías comerciales, pero en cuando llegan las primeras horas de la tarde aquello comienza a vaciarse de seres humanos e incluso se produce cierta sensación de intranquilidad, porque estás seguro de que cualquiera con vocación asesina, en Flagler Street, a partir de las seis de la tarde te podría rebanar el cuello, sin que a nadie le llamara la atención, porque nadie estaría cerca.

En muchas, bastantes, ciudades españolas todavía quedan barrios, barrios céntricos, que conservan cierto orgullo vecinal y que pueden abastecerse en su perímetro más o menos imaginario, porque dentro de ese recinto existen tiendas y servicios de toda especie. Un barrio es un lugar donde hay una escuela cercana para llevar a los niños, una tintorería, una mercería o cuatro, incluso un mercadillo o una panoplia de tiendas donde se pueden adquirir carnes, pescado, frutas y verduras, reparar un automóvil, comprar un destornillador, afilar unos cuchillos o encargarse de unas copias de las llaves de casa. En un barrio hay una librería, una tienda que vende material escolar, e incluso el taller de electricidad o de fontanería de toda la vida. Y, al anochecer, cuando el comercio y las tiendas de servicio han cerrado, excepto la farmacia, que no lo hace hasta pasadas las diez de la noche, están abiertos media docena de bares y cafeterías que ofrecen amparo a los vecinos y son los casinos del barrio, sin necesidad de asociarse con una cuota obligatoria.

Crecí en un barrio, el barrio de la calle Mayor, de Zaragoza, circundado por la plaza de la Magdalena y la calle de Don Jaime I, amén de las calles perpendiculares y paralelas que lo atravesaban. Fui como alumno a las escuelas preparatorias del Instituto Goya, que se asentaban en lo que había sido sede de la primigenia Universidad de Zaragoza que, más tarde, se trasladaría a la plaza de Paraíso. Estoy hablando de arcos de medio punto, fachadas mudéjares, escaleras imperiales en el interior y un claustro de falso gótico, con tanto yeso como pretensiones, que se vislumbraba a través del ojo amplio de la vieja cerradura, que se hundió por la desidia urbanística y que el analfabetismo municipal logró derruir en su totalidad.

Debía de tener siete años cuando mi madre me llevó a la clase de don Inocencio, asegurándole que yo sabía leer. Don Inocencio, escéptico, ordenó que trajeran un libro de lectura y pidió que leyera en voz alta. Naturalmente, yo leí como un papagayo, armonizando los signos con el sonido de las palabras, aunque no me enterara con exactitud del sentido de lo que estaba leyendo. A don Inocencio aquello le pareció fuera de lo común, y eso me perjudi-

có a la larga, porque me obligó a que me presentara a los exámenes de ingreso en el bachiller a la temprana edad de diez años, cuando todos se enfrentaban a ese examen cumplidos los once.

Para mis siete años el edificio era acogedor. La escalera imperial de la que hablo partía de la parte izquierda del amplísimo vestíbulo y se dividía en dos ramas que confluían en el piso superior, donde se encontraban el salón de actos, las aulas de los bachilleres y las salas del profesorado. Los conserjes, uniformados como porteros de hotel o miembros de un ejército imperial, me producían un gran temor. Pero de vez en cuando bajaba por la escalera imperial el director del instituto, con el birrete encasquetado encima de la cabeza —lo juro— y un escalofrío nos recorría el cuerpo a la mayoría de los enanos de las escuelas preparatorias, porque aquello, aun sin saber lo que era la ópera, parecía una escena operística, como si nos hubieran trasladado al nombramiento de un doctor *honoris causa*, que tampoco sabíamos lo que representaba.

Pues bien, en ese edificio había asistido a clases de Medicina un tal Santiago Ramón y Cajal, no en el de la plaza de Paraíso, donde también hay una escalera imperial y, al final de su primer tramo se encuentra su estatua, sino en ese edificio de la plaza de la Magdalena a la que concurrían los chicos del barrio, entre los que yo estaba.

Detrás de la casa de la calle Mayor, donde estábamos alquilados, también había un colegio de los Hermanos Maristas, pero era privado y sus cuotas no estaban al alcance de mis padres. Algunos de mis vecinos y otros chicos de la calle iban a los maristas, pero nunca advertí ninguna diferencia, porque me sentía muy a gusto en clase de don Inocencio, y había aspectos mucho más interesantes en lo que nos rodeaba.

El barrio era seguro. Aparte de las camionetas de reparto, no había apenas tránsito, y circulábamos libremente por las calles de alrededor hasta una plazuela, precisamente donde se encontraba el colegio de los Hermanos Maristas, y allí, dentro del alcorque de algún árbol, sentados como si estuviéramos en una cafetería —eso sí, con el tronco de un árbol en medio en lugar de una mesa—, nos reuníamos a contarnos nuestras pequeñas aventuras.

La calle más comercial era Argensola, en recuerdo de los hermanos Argensola, que yo entonces no sabía quiénes habían sido. Había de todo. En la mercería, en un rincón, se veía a una chica sentada detrás de un cartel donde podía leerse «Se cogen puntos de media». Las medias, con el uso, o por el roce de un objeto puntiagudo, presentaban unas líneas rectas y largas a las que se conocía como «carreras». Cuando una mujer le decía a otra que le había salido una carrera en las medias, casi palidecía, porque no se tiraban y se compraban otras, sino que se llevaban a reparar a la mercería, donde con una aguja eléctrica, hilo y mucha habilidad se podía recomponer la media y quedaba como nueva. La simetría correspondía a los calcetines masculinos, que también se rompían, generalmente por los talones, y se zurcían con la ayuda de un huevo de madera que se introducía dentro del calcetín, pero esta labor se llevaba a cabo en casa.

Había un chiste tontorrón que se contaba al respecto, y era el de una compradora que entraba a la mercería y el mercero andaba muy inclinado hacia adelante, casi sin poder incorporarse.

—¿Tiene huevos de madera?

—No, señora, es la lumbalgia —contestaba el agachado mercero.

Los tenderos se sabían el nombre de todas las clientas y las clientas sabían cómo se llamaban todos los tenderos. No era difícil olvidarse porque se veían a diario, debido a que no existían en las casas particulares ni frigoríficos ni neveras. Los únicos que disponían de cámaras de frío eran el carnicero y el pescadero, al que por allí llamábamos pescadero, nunca averigüé la razón del cambio de una consonante dental por otra.

El huevero tampoco disponía de cámaras, pero sí de un sótano al que alguna vez me asomé, esas tripas misteriosas de calles y edificios, que me causaban algo de miedo y que enseguida aprendí a disimular, porque entre la educación sentimental masculina de la época el aspirante a macho no debía tener miedo a nada.

El huevero tomaba las piezas de dos en dos y las pasaba por la superficie de una potente bombilla con el objeto de saber si, debido al tiempo pasado, había comenzado a formarse un feto de

pollo en su interior. Se trataba de una especie de radiografía superficial sobre la marcha, rutinaria, e incluso no sé si algo inútil, porque nunca fui testigo de que uno de los huevos se retirara por presunto mal aspecto en su interior.

El barrio venía a ser una especie de territorio sin vallar, de campamento familiar. Todos nos conocíamos y, si alguien venía nuevo al barrio, enseguida se le sometía a un interrogatorio de reconocimiento y quedaba automáticamente incorporado.

En algunas tiendas de comestibles había una palabra fascinante que a mí me incitaba a la ensoñación: ultramarinos, es decir, productos traídos del otro lado del mar, vocablo que nacería a partir de los viajes de Colón. Dentro, los únicos productos procedentes de la mar —me gusta esa ambigüedad de poder usar el mar o la mar— eran el bacalao que se secaba suspendido del techo, el congrio, el café y el chocolate.

Dicen que los olores son el ancestro más profundo del reptil que fuimos, y esa mezcla de café molido, de las capas de sal envolviendo al bacalao, como a una novia, y el cacao cuyo aroma traspasaba la aduana de las tabletas de papel, formaban un perfume de infancia que nunca volveré a encontrar, porque esas tiendas ya no existen.

Para completar los servicios del barrio había un cine, con un fresco en la bóveda digna de un patricio romano y, en una callejuela, perdida entre la pequeña plaza y otra calle estrecha, un bar de putas o más bien de puta, porque solo estaba la dueña, una mujer pechugona como una nodriza. No era fácil de saber, porque las puertas de ese bar siempre estaban cerradas, pero al abrirse, si pasábamos por allí, echábamos una mirada curiosa, y solía haber un par de viejos, que no eran del barrio, y la gorda y pechugona señora, cumplido el medio siglo, aunque en la infancia toda persona que tenga más de treinta años te parece muy mayor.

El Cine Latino, como correspondía a la categoría del barrio, era un cine de reestreno. Es decir, que tras pasar por los cines de estreno, situados en la avenida Independencia y algunas calles adyacentes, amortizada la novedad y, cuando la taquilla ya menguaba, la película se pasaba a las salas de los otros barrios, donde volvían a resucitar las películas.

Sin embargo, antes de ir al cine, enfrente del muro que nos servía de portería para los partidos de fútbol, o de frontón, había otra pared que tenía reservado un lugar para pegar los carteles de las películas que iban a estrenarse. El acontecimiento solía ocurrir los lunes. Llegaba un señor con un montón de carteles arrollados de manera cilíndrica, una escalera de mano, un cubo y una brocha. Dejaba todo en el suelo, apoyaba la escalera a la altura de dos carteles de películas anteriores y subía con un par de rollos y la brocha. El momento mágico venía cuando daba unos brochazos de pegamento sobre el cartel anterior, sujetaba una de las partes del nuevo y enrollado cartel en la cabecera, y lo iba descubriendo mientras seguía dando enérgicos brochazos de pegamento transparente. Y, ante nuestros asombrados ojos, aparecían los labios rojos de Marilyn Monroe, la inquietante cara de Jack Palance o la mirada ingenua de Doris Day. El desenrollado del cartel era seguido con gran expectación por los cinco o seis críos que estábamos jugando en la calle, y que habíamos abandonado cualquier divertimento por asistir al nacimiento de unos anuncios cuyas imágenes nos acompañarían durante medio mes.

Algunas de esas películas no las veríamos nunca, porque no estarían autorizadas para todos los públicos, pero daba lo mismo, porque el cine era la puerta de salida a una habitación donde no había estraperlo, ni cartilla de racionamiento, ni calcetines zurcidos, ni medias retocadas para que no se vieran las «carreras». Una habitación que, en ocasiones, todo era en color, y las cocinas eran blancas y las mujeres iban maquilladas incluso en la ducha, detalle que entonces no nos llamaba demasiado la atención.

Y es curioso que a medida que aumentaba la renta per cápita y los niveles de renta eran mejores y desaparecía el racionamiento de la comida, las películas eran menos lujosas, los finales felices ya no parecían obligatorios, una especie de inversión, de la que nunca nos dimos cuenta, como si el cine quisiera siempre ser distinto a la realidad.

Todavía me faltaban unos años para descubrir otra puerta por la que escapar, a través de las novelas, y dar la vuelta al mundo en ochenta días o enterarme de que el asesino era, precisamente,

quien estaba narrando la novela en primera persona. —*El asesinato de Rogelio Ackroyd*, de Agatha Christie—.

En aquel barrio había un batiburrillo de clases sociales. El sentimiento de clase lo descubrí, una tarde, precisamente por el cine.

El calendario escolar de la época tenía como norma que los sábados hubiera clase tanto por la mañana como por la tarde, pero los jueves por la tarde cerraban las escuelas. Unos grandes almacenes, la Sociedad Española de Precios Unidos (SEPU), los jueves por la tarde regalaba globos a las madres que iban a comprar acompañadas de sus hijos. Naturalmente, los globos no eran para las madres, sino para sus cachorros. Puede parecer una tontería, pero un globo hinchado con gas, que flotaba al final de un hilo tirante, no era ninguna insignificancia, y la prueba era que al salir, sosteniendo el globo, sentías la mirada de ligera envidia de los demás niños.

Aquel jueves mi madre decidió que nos íbamos a ir al cine, y me arregló, me puso un chaleco amarillo, de punto, sobre una camisa de manga larga, y me peinó cuidadosamente. No era el atuendo habitual para bajar a jugar a la calle, pero mientras ella se arreglaba le pedí permiso para esperarla en el portal, eufemismo que significaba que estaría con los otros chicos en el pequeño ensanche.

—Baja, pero no te manches —me dijo mi madre, que sabía que no iba a quedarme como un maniquí esperando su llegada.

En cuanto me junté con los chicos de la calle, uno de ellos, viéndome tan repeinado y con camisa y chaleco limpios, me preguntó que adónde iba.

—Al cine —le contesté con orgullo, porque ir al cine era un acontecimiento extraordinario que sucedía una vez al mes, o dos, como mucho.

—¿Y a qué cine vas? —volvió al inquirir el interrogador.

Y entonces solté el nombre del cine, y la expresión, hasta entonces casi envidiosa de su rostro, se tornó en un claro signo de desprecio, acompañado de la repetición del nombre de la sala.

Yo era muy despistado, pero no era tonto, y enseguida me di cuenta de que íbamos a un cine barato, de reestreno, porque mi

madre no se podía permitir gastarse el dinero de dos entradas para un cine de estreno.

Fue en ese momento cuando tomé conciencia de que había ricos y pobres, entendiendo por ricos los que tenían algo más de dinero, y por pobres, aquellas familias donde el dinero era escaso y había que administrarlo con mucha sabiduría para poder atender todas las necesidades, incluida la diversión. Y eso que yo venía de estar alquilado en un edificio donde las clases sociales estaban perfectamente delimitadas. La primera planta no era la primera planta, sino «el principal», denominación que ahuyentaba cualquier tipo de duda. Lo que sería el segundo piso era el primero, y así hasta llegar al último, donde vivíamos en la zona abuhardillada, con más apartamentos y, naturalmente, menos superficie por cada uno de ellos. En el principal, por ejemplo, vivía un farmacéutico; en el primero, un médico, y, en el último, un dependiente de comercio, que es lo que era mi padre, o un panadero asalariado, como era nuestro vecino. ¿Algún estamento inferior? Sí, claro, la portera, que estaba al servicio de todos los vecinos, aunque lo cierto es que el sentimiento de clase que descubriera Marx se hacía evidente porque nosotros nos tratábamos con la portera de igual a igual, mientras el farmacéutico se dirigía a ella como un coronel lo haría con un humilde sargento.

Este detalle no es baladí, porque así como el chico que acompañaba a su padre, junto al carro, vivía una feliz aventura, sin perturbaciones de tipo social, económico o emocional, aquel niño de siete u ocho años, que descubrió que existían cines para clases acomodadas y cines para clases más humildes, tomó conciencia de la desigualdad social, o de que no solo nos hacía desiguales la estatura, la fortaleza y la habilidad, sino que también había otro factor económico que nos podía diferenciar.

Sería una pedantería absurda pensar que me convertí en marxista a los siete u ocho años, cuando bastante tenía con enfrentarme a la geometría, pero esas diminutas experiencias van conformando, poco a poco, la manera de entender la sociedad y las tendencias hacia las que se inclinan tus emociones y tu manera de pensar.

Por cierto, la película que vimos se llamaba *Capitanes intrépidos*, era en blanco y negro y también hablaba de la diferencia de clases. Un niño mimado, que viaja en el yate de sus ricos padres, se cae por la borda y es recogido por un barco de pescadores. El barco necesita cumplir sus objetivos empresariales, y la restitución del naufrago pasa a ser un objetivo secundario. El mimado hijo de los ricos debe someterse a la disciplina del barco, y de ahí surge una comunicación especial entre el capitán del barco de pescadores y el mimado hijo de millonarios. El capitán estaba interpretado por Spencer Tracy, que logró el Óscar al mejor actor en 1937. Y yo contemplé aquella película, catorce o quince años después de que se hubiera estrenado, sin advertir el mensaje de la adaptación de la novela de Kipling, porque lo que guardo en la memoria es la expresión de desprecio del colega de juegos, cuando se percató de que mi madre me había puesto elegante para ir a un cine de reestreno.

Muchos años más tarde leí con entusiasmo, rayano en la fruición, un libro de Gregorio Marañón titulado *Tiberio, historia de un resentimiento*. El renacentista Marañón lo escribió en Argentina, pero pensando en la España de la guerra civil y de la posguerra, donde el resentimiento se acodaba en los alféizares de las ventanas de cualquier vecino de cualquier lugar, de cualquier provincia, de cualquier sitio de España. ¡Oh, el resentimiento! ¡La gran cuna de los cobardes! El ponzoñoso lugar del que nacen las delaciones, las traiciones, las deslealtades, las insidias y la ingratitud, es decir, la vileza que escondemos los seres humanos.

Lo confieso, alguna vez sentí la tentación de ser un buen resentido, lo que podríamos llamar un resentido con causa. Pero siempre pudo que la diferencia estribaba mucho más en la inteligencia y en la bondad que en el dinero de la cuenta corriente. Eso me ayudó a apartarme del resentimiento, sobre todo del falso, que encubre el fracaso personal en alguna suerte de conspiración irreal. Pasada la adolescencia seguí simpatizando con las ideas izquierdistas, pero pronto advertí que los fracasos que me golpeaban —académicos, amorosos, sociales— no dependían de una ideología determinada o de un estatus social, sino que eran conse-

cuencia de mi falta de estudio, de mi torpeza o de la ausencia de empatía.

Hoy, cuando contemplo el victimismo simplista de los secesionistas de calendario, me percató de lo sencillo y cómodo que resulta culpar de los fracasos personales a unos terceros inaprensibles que justifican desde la falta de inteligencia hasta la ausencia de habilidad.

Todos los seres humanos tenemos una tendencia natural a sentirnos irresponsables y a culpar de nuestros errores y de nuestros fallos a instituciones y organismos imposibles de controlar. ¡Qué tranquilidad debe producir ser secesionista! Si no me quieren, si no ligo, si me suspenden, o me desaprueban, si no me dan el trabajo y todo me va mal, nunca será responsabilidad mía, sino de un Estado opresor llamado España que se levanta todas las mañanas para conspirar y tratar de que las cosas me vayan mal.

Me extraña que con este banderín de enganche tan seductor, y con treinta años de permisividad de lavado de cerebros en las escuelas catalanas, todavía no hayan superado el cincuenta por ciento de aceptación. A casi todos los totalitarismos, de no usar la fuerza de manera cruenta, les sucede lo mismo: que no llegan a cuajar. Ahí tienes el franquismo, que, en cuanto se murió Franco, en veinte meses se cambió la dictadura por la democracia.

La falta de responsabilidad, el grito de excusa infantil «¡yo no he sido!», lo usan desde presidentes de Gobierno hasta alcaldes de pequeños municipios, pasando por consejeros autonómicos, ministros y diputados provinciales.

En España nadie es culpable de ningún fracaso. Nadie. Los responsables de Economía, quienes presiden el Consejo de Ministros, tienen todo el poder concedido por la democracia para que tomen las medidas mejores y más adecuadas para nuestro bienestar. Pero si fallan no es por su torpeza, por su falta de habilidad o por su equivocación, sino por unos entes misteriosos e inaprensibles que se levantan por las mañanas con el objeto de jodernos. No lo duden: hay unos hados misteriosos que nos tienen manía, porque los ministros y el presidente del Gobierno casi no duermen por nuestro bienestar. Es verdad que, en la mayoría de las

ocasiones, no aciertan. Pero no es por su culpa. No son responsables. Deben ser las brujas, los hechiceros, los nigromantes que nos tienen manía. El Gobierno siempre quiere que seamos felices. Y si nos sube los impuestos, nos coarta la libertad, nos limita la expresión y nos ahoga económicamente es para que seamos más felices. Es muy difícil de entender, claro. Confieso que yo no lo entiendo, pero ese es el discurso habitual, sobre todo el de la izquierda, que entiende que el dinero hay que repartirlo, porque desconfían de que nosotros sepamos en qué gastarlo.

¿Cómo un chico de clase muy humilde, carne de marxismo, se volvió un ciudadano de centro izquierda, o sea, un socialdemócrata? Puede que eso merezca que nos adentremos en un capítulo distinto.